

**HABLANDO SOLO EN LA CATEDRAL, O DIARIO
CON NOTAS AL PIE PARA LA TEORÍA
Y LA PRÁCTICA DE UNA RELECTURA
DE YA SABEN CUÁL LIBRO**

Rodrigo Fresán

¿Qué ocurre cuando se vuelve a leer una gran novela latinoamericana después de muchos años? ¿Ocurre algo, aunque Latinoamérica ya no sea lo que fue y quien la lee ya no sea alguien que quiere ser escritor sino un escritor hecho y derecho o deshecho y torcido? Y —acaso lo más importante o lo más extraño— ¿qué es lo que sucede alrededor del relector mientras relee la novela en cuestión? Ocurre que se empiezan a recordar muchas cosas. Y recordar —advierte Rodrigo Fresán en estas páginas—, se sabe que es como hablar solo pero con uno mismo, algo muy pero muy parecido a lo que pasa mientras se lee.

RODRIGO FRESÁN. Nació en Buenos Aires en 1963; vive en Barcelona desde 1999. Es autor de los libros *Historia argentina*, *Vidas de santos*, *Trabajos manuales*, *Esperanto*, *La velocidad de las cosas*, *Mantra*, *Jardines de Kensington* y “El fondo del cielo”. Ha traducido y editado y prologado libros de John Cheever, Denis Johnson, Roberto Bolaño y Carson McCullers entre otros; y en la actualidad dirige la colección de literatura criminal Roja & Negra Mondadori y trabaja en un nuevo libro suyo: “La parte inventada”.

DÍA CERO (A MODO DE BREVE INTRODUCCIÓN.) ¡Bienvenidos a la Era de la Relectura! Ese momento en la vida de todo lector que escribe en el que se descubre que ya no queda (en realidad nunca hubo, pero uno se sentía tanto más inmortal hace unos cuantos años) tiempo suficiente para leer todos esos libros que se sospecha o se desconoce pero sí se está seguro de que le serían imprescindibles para su trabajo, trabajo consistente en poner una letra detrás de otra y otra y otra y otra y...

Así, la relectura como el falso consuelo y más falso aún sistema de sentir que se domina el plan y la estrategia. Y que releendo todo lo que leímos cuando éramos jóvenes (ciertos libros *también* crecen o, por lo menos, cambian; y esos son los libros a los que Italo Calvino se refería como a *clásicos*) descubriremos algo que se nos escapó cuando éramos tan inocentes y, acaso, más sabios pero sin saberlo; cuando éramos, sí, más intuitivos. Cuando releemos, hacemos memoria y hacemos memorias y la vida del libro releído ya es parte de la vida revivida.

De ahí que de un tiempo a esta parte haya ido alternando la novedad con retornos al pasado más profundo de mi biblioteca (Francis Scott Fitzgerald; buena parte de la literatura rusa en esas nuevas traducciones al inglés de Richard Pevear y Larissa Volokhonsky, Bellow, Onetti...) y que, reordenando estantes, un libro haya levantado la mano con insistencia. Una novela. Larga. Grande. Y juro que tenía a esa novela larga y grande en la mira desde un tiempo. Desde antes de que se convirtiera en una *nobela*: en una novela de un Nobel y en, acaso, la más *nobela* entre las novelas de este novelista latinoamericano que —siempre lo pensé— seguramente sea uno de los narradores de cualquier parte que más sabe sobre costumbres y particularidades del género en cuestión.

Me refiero a *Conversación en La Catedral* (1969) de Mario Vargas Llosa.

No era la primera vez que pensaba en volver a entrar allí. Ya en 1999 —mes de mayo, recién llegado a España— me propuse acometer semejante empresa. Fue cuando, en una charla con el escritor y periodista español y canario Juan Cruz, dije en voz alta —y para el horror más o menos fingido de varios de los presentes— que no recordaba casi nada del libro salvo la inolvidable sensación de haberlo leído¹. Es decir:

¹ La conversación —la cena— tuvo lugar en las orillas de un congreso de “jóvenes escritores latinoamericanos” en el que se presentaba la exhaustiva y arriesgada y visionaria en más de un sentido antología editada por Eduardo Becerra: *Líneas aéreas* (Lengua de Trapo, 1999).

la impresión de que ese libro ya no era un libro sino que era otra cosa: un sentimiento, un aire, un momento clave de mi vida como persona (y como lector y como escritor), un eco, una onda expansiva, un poder residual.

Entonces, 1999 otra vez, yo acaba de desembarcar en Barcelona, ciudad en la que vivo desde entonces. Y —en esas selecciones poco naturales e inevitablemente injustas a la hora de trasladar la biblioteca— no había traído conmigo mi antiguo pero no viejo ejemplar de *Conversación en La Catedral*. Juan “Siempre Listo” Cruz hizo una llamada telefónica desde su móvil² y de regreso en mi hotel ya me esperaba contundente ejemplar flamante reedición de Alfaguara. Foto en blanco y negro de mesa de café en su portada, advertencia —en mayúsculas verticales y ascendentes— de EDICIÓN DEFINITIVA y frase del autor en la contraportada donde se leía: “Si tuviera que salvar del fuego una sola de las [novelas] que he escrito, salvaría ésta”³.

No lo releí entonces, pasaron los años y los congresos y las rectangulares mesas redondas, dejé de ser “joven escritor latinoamericano”, y aquí estoy y sigo ahora. Y me convocan de *Estudios Públicos*, prestigiosa publicación, a escribir para un número especial sobre Mario Vargas Llosa (Súper Mario) y me digo que ha llegado la hora y el momento de volver a conversar con *Conversación en La Catedral*⁴.

Allá vamos.

Una vuelta para todos.

Yo invito.

DÍA CERO (A MODO DE LARGA ADVERTENCIA). Y vuelvo y doy vueltas alrededor de eso de “Si tuviera que salvar del fuego una sola de las [novelas] que he escrito, salvaría ésta”.

La frase/cita me intriga como un espinoso y fragante ramo de *rosebuds*. La idea de que un escritor fantasee primero con un incendio marca *Fahrenheit* 451 de la propia obra y, después, con la posibilidad de salvar uno sólo entre sus libros. Un libro que, seguro, no es el mismo que escogería como respuesta a esa siempre obvia pregunta sobre otra

² Ese móvil —uno de tantos, de cientos— de Juan Cruz que nunca deja de sonar, vibrar, etc. Recuerdo, también, que una de las muchas llamadas que recibió Juan Cruz esa noche le informó de la muerte del hijo de Carlos Fuentes.

³ La edición (Alfaguara, 1999, con un breve prólogo de Vargas Llosa fechado en junio de 1998).

⁴ A partir de aquí, “Ya Saben Cuál Libro” o YSCL.

catástrofe: ¿qué libro te llevarías a una isla desierta? Conclusión absurda pero inevitable: del fuego se salva algo que escribió uno, mientras que del agua se rescata algo que escribió otro.

Y ya estoy de nuevo haciendo de las mías. El Gran Digresivo y todo eso. Fresán... Fresán... Y Fresán se defiende con un “¡No! ¡Fresán, no! ¡Cortázar!”. Ese escritor a quien tanto quiero y que —parece— es cada vez menos querido por la *intelligentzia* que lo acusa de adolescente, juvenil, infantil, pequeñuelo. El Cortázar que en su para mí sublime y poco conocido *Cuaderno de Zihuatanejo* se refiere a lo suyo como “[...] el equivalente de las cajas de cubos para niños, con letras o figuras o números; escribir es ir sacando al azar un cubo tras otro y alinearlos para ver nacer la continuación de ese texto que me había dictado a mí mismo hasta ese momento. Como en tantos sueños (sueños de escritor, presumo), el texto es una culminación, un arribo a la obra última; lo escribo —lo veo escribirse— sabiendo lo que dice y que me colma como ningún texto de la vigilia, y a la vez como una especie de entendimiento negativo de que apenas despierte no recordaré ni siquiera la primera palabra. Pero eso no importa, puesto que estoy escribiendo el texto con los cubos, esa creación se basta a sí misma y no hay ninguna profesionalidad en el proceso. Durará y durará, los cubos irán abandonando la parte del salón donde se acumulaban y ordenándose en líneas de escritura; durante un tiempo inmensurable el texto crecerá como una gigantesca página tendida en el suelo [...] Solamente quisiera decir que su escritura obedeció a un tanteo en el *no man's land* de esas atmósferas extraverbales que rondan al escritor en el umbral de un nuevo texto. Arrimos, *rounds* de estudio, pseudópodos lanzados a un contenido imprevisible y en todo caso irreductible a la razón, al plan, al método, a la voluntad de novelar o contar”⁵.

Transcribo aquí lo de más arriba y me pregunto si la desordenada pero lógica *Rayuela* no será la antimateria —el Yang del Yin— del ordenado pero voluntariosamente caótico y cacofónico y multitudinario YSCL⁶. Así, aquí, ahí, dos escritores en las antípodas desde el punto de

⁵ De *Cuaderno de Zihuatanejo* de Julio Cortázar (Alfaguara 1997, edición limitada y no venal).

⁶ Pero —advierto, por si a alguien le interesa— ésta no es una opinión del todo autorizada porque los años pasan y yo sigo sin leer *Rayuela*. Aunque, en ocasiones, siento como si la hubiese releído cientos de veces. De paso, en su *Cartas a un joven novelista* (1997) Vargas Llosa señala a la *Rayuela* de Cortázar como ejemplo de la narración por “vasos comunicantes” y en contrapunto. Principio aplicable también a YSCL, pienso.

vista político —pero, cada uno por la suya, “comprometidos”—. Una cosa sí me parece que las une: ambas son novelas *realistas*⁷ —cada una a su manera— en el sentido en que no buscan pero encuentran una forma de narrar la realidad mucho más cercana a *lo real* que la de las grandes novelas realistas, siempre falsificando el fluir de actos y hechos y días bajo una férrea estructura y una administración del *tempo* dramático que, me temo, es de lo más irreal.

Pero de lo que yo quería hablar/escribir en estas páginas previas a la relectura —otra vez eso de YSCL como sobreviviente de las llamas por divina y selectiva voluntad de su creador— es de las cosas que dicen los escritores acerca de lo que hacen. Y, sí, suelen decir cosas raras. Y contestar de manera extraña. Y el que esté libre de este pecado que arroje la primera respuesta más o menos ingeniosa, la última mentira verdadera o verdad mentirosa.

Y, por las dudas —en esta larga tanda preliminar de “arrimos, rounds de estudio, pseudópodos” lanzados de esa *no man's land* que es todo *journal*—, lo aclaro desde mi esquina del ring fantasma: a mí me encanta leer a escritores explicando cómo lo hacen porque los escritores son, en lo fundamental, lectores. Y siempre preferiré lo que tiene para mentir un escritor antes que lo que tiene para mentir un político. Porque las mentiras de un escritor en cuanto a su proceder y modales son, siempre, partes inseparables de sus ficciones. Las mentiras de un político, en cambio, son gajes de un oficio que consiste primero en hacérselas creer a sus votantes (los votantes no son lectores) y después, cuando ya todo está perdido, creérselas él mismo mientras todo tiembla y se derrumba a su alrededor. Y, me consta, hay escritores (muy buenos escritores, incluso) que detestan este tipo de cuestiones del *backstage* y el *how to* así como las biografías de escritores, los diarios de escritores, los volúmenes de cartas de escritores... Cualquier cosa que no sea la obra pura y dura —sin hielo ni jarabes de colores— de su escritor o escritores favoritos. No es mi caso. Pocas cosas me gustan/divierten más que leer sobre los que escriben y sobre cómo dicen escribir y leer los que escriben. Así, no dejo escapar ningún volumen recopilatorio de los reportajes de *The Paris Review*: revista que se estrenó en 1953 con entrevista

⁷ “En Cortázar, hablar de realismo resulta inevitablemente inadecuado”, señala Vargas Llosa en su *Cartas*... Discrepo ligeramente: pienso que sí se puede hablar de un realismo no “en Cortázar” pero sí “cortazariano”. Aplico el mismo principio a YSCL: realismo vargasllosiano.

a E. M. Forster, después siguió una con Hemingway y, enseguida, ya eran el insuperable modelo de la forma y siguen siéndolo hasta nuestros días. “The Art of Fiction” se llama la sección de entrevistas. Y, dicen muchos, nadie puede considerarse un escritor *de verdad* si no ha estado ahí dentro. Yo tengo los siete tomos que editó Penguin en el Reino Unido, los dos volúmenes españoles que salieron en Kairós, los ocho tomos que reordenó por género y sexo y nacionalidad El Ateneo en Argentina, la reciente selección que hizo el crítico Ignacio Echevarría⁸ para El Aleph Editores, y la nueva encarnación —cuatro entregas hasta ahora— que viene ofreciendo Picador en EE.UU.

Y está claro que no me quedo ahí: no dejo de comprar cualquier libro con reportajes, citas, métodos y consejos de escritores. Y es que me gusta tanto que me mientan de verdad y sin engañarme cuando leo. Casi tanto (o mucho más, según mi humor) como me gusta mentir por escrito. Porque enseguida se comprende, aunque esto no reste nada de gracia: casi toda reflexión sobre la escritura es posterior a esa escritura. Es decir: la paradoja de inventar la teoría después de la práctica. Esto se comprende todavía mejor y se ve más de cerca en el precioso y útil destilado que George Plimpton —uno de los fundadores de *The Paris Review*, realizador de los primeros reportajes, apuntalador del género de la biografía oral/coral⁹ como co-autor de una vida de Edie Sedgwick y otra de Truman Capote y editor del conmemorativo y enorme en todo sentido *The Paris Review Book of Heartbreak, Madness, Sex, Love, Betrayal, Outsiders, Intoxication, War, Whimsy, Horrors, God, Death, Dinner, Baseball, Travels, The Art of Writing, And Everything Else in the World Since 1953* (Picador, 2003)— hizo de buena parte de tantas preguntas y respuestas. Allí, en *The Writer's Chapbook: A Compendium of Fact, Opinion, Wit and Advice from the Twentieth Century's Preeminent Writers* (Modern Library, 1999), Plimpton reordena temáticamente —motivaciones, inspiración, hábitos, sexo, diálogo, humor, editores, talleres, cuento, novela, periodismo, bloqueo y un largo etc.— lo que un ejército de fabuladores piensa acerca de eso en lo que sólo piensan cuando se lo preguntan. O, tal vez, cuando piensan en que, tarde o temprano, alguien va a aparecer para preguntarles qué piensan sobre eso. Así que mejor pensarlo un poco. Y está claro que lo que muchos

⁸ Búsquenlo y encuéntrénlo, también, en estas páginas, persiguiendo y acorralando al Vargas Llosa crítico.

⁹ Género al que ciertos tramos de YSCL parecen anticiparse.

responden son micro-relatos o cápsulas de novela concentrada. Y a eso se refieren varios de los entrevistados por George Plimpton cuando volvieron a ser entrevistados por Nelson W. Aldrich, Jr. para su biografía coral/oral de George Plimpton de título plimptonianamente kilométrico, como le gustaban a él: *George, Being George: George Plimpton's Life as Told, Admired, Deplored, and Envied by 200 Relatives, Lovers, Acquaintances, Rivals, and a Few Unappreciative Observers* (Random House, 2008). La leí hace un tiempo y recuerdo mi sorpresa al enterarme recién allí (hay reproducción de foto originalmente publicada en el *Los Angeles Times*, allí está Plimpton identificado en el epígrafe como “un desconocido”) de que fue Plimpton quien desarmó, *in situ*, el 5 de junio de 1968, a Sirhan Sirhan, asesino de Robert Kennedy. Cuentan quienes lo conocían bien que Plimpton jamás hablaba del asunto y que cualquier mención al hecho lo ponía pálido y silencioso y lúgubre. Nunca escribió ni una palabra sobre el asunto. Nunca respondió nada porque nunca admitió preguntas sobre el tema. Mailer —maileresco hasta la médula— apuntó algo así como “Yo habría dado un brazo porque me sucediera algo así y hubiera escrito una novela de mil páginas acerca de todo eso. Pero George ni una palabra”¹⁰.

Todo esto como larguísimo (pero para mí inevitable calentamiento de motores) prolegómeno a lo que aquí nos incumbe. Busco la entrevista de *The Paris Review* a Vargas Llosa realizada por Ricardo Setti en 1990. La encuentro en la edición argentina donde se reúnen reportajes

¹⁰ Cabe pensar que Mailer —alguna vez fallido y estrepitoso candidato a la alcaldía de New York, pero siempre autopostulándose a sí mismo como virtual y rugiente acontecimiento histórico de melena leonina en vivo y en directo— también le envidiaba a Vargas Llosa su para mí inexplicable (pero comprensible desde un punto de vista mailereano) campaña para la presidencia de Perú. En lo que a todo el episodio se refiere, recomiendo enfáticamente el ensayo de Alma Guillermoprieto publicado en *The New York Review of Books* en mayo de 1994, recopilado recientemente en *Desde el país de nunca jamás* (Debate, 2011) y donde —a propósito de la autobiografía *El pez en el agua* (1993) y en relación a YSCL y la candidatura presidencial de Vargas Llosa— la autora se pregunta: “¿Por qué el político Vargas Llosa no pudo ver lo que sus novelas sabían?” Una posible respuesta es que todo buen escritor —cuya actividad, desde un punto de vista práctico y teórico suele reposar tanto en lo burgués como en lo solipsista— es, por definición y proceder previo, un pésimo político en (im)potencia. Y —final feliz— aquella fallida candidatura y sus alrededores ideológicos no acabaron frustrando, como ya se pensaba, la candidatura y triunfo en el Nobel de Literatura de Vargas Llosa.

a escritores latinoamericanos (Cortázar incluido) y —sorpresa o no tanto— no hay allí ni una sola mención a YSCL en boca de su supuesto salvador flamígero. Se dialoga, en cambio, mucho acerca de *La guerra del fin del mundo* (1981) e *Historia de Mayta* (1984) y hasta de *La tía Julia y el escribidor* (1977). Pero ni siquiera sale a colación el título de YSCL. Aún así, hay algo que dice Vargas Llosa —a propósito de *La guerra del fin del mundo*— que puede aplicársele sin problemas a la génesis y gestión del ahí desaparecido YSCL:

Creo que la novela, como género, tiende al exceso. Tiende a la proliferación, el argumento se desarrolla como un cáncer. Si el escritor sigue cada punta de la novela, ésta se convierte en una jungla. La ambición de contarla todo es inherente al género. Aunque siempre he sentido que llega un momento en que uno tiene que matar la historia para que no siga indefinidamente, también creo que contar una historia es un intento de alcanzar el ideal de la novela ‘total’... Al principio, todo es como un ensueño, una suerte de divagación acerca de una persona, una situación, algo que ocurre tan sólo en la mente [...] Es un caos absoluto, pero la novela está allí, perdida en una masa de elementos muertos, escenas superfluas que van a desaparecer o escenas que se repiten desde perspectivas diferentes, con diferentes personajes. Es todo muy caótico, y sólo tiene sentido para mí. Pero de allí nace la historia¹¹.

Dicho esto, sólo agregaré la promesa de intentar que el resto de este diario no se convierta en jungla mientras ahora, por fin, me interno

¹¹ De igual manera en que un escritor puede teorizar sin vacilaciones acerca de su incierta práctica, también es cierto que un ensayista puede permitirse podar la abstracción de la jungla y presentarla como armónicos y figurativos setos para concurso vegetal. En este sentido, estudio y fotocopio el diagrama de YSCL que José Miguel Oviedo propone —como mapa de tesoro o fórmula secreta— en la página 253 de su valioso *Mario Vargas Llosa: La invención de una realidad* (Seix Barral, 1982). El libro de Oviedo me lo presta —muy subrayado y con apuntes al margen— el vargasllosiano confeso Juan Gabriel Vásquez (ver su *Los informantes*, 2005). JGV también está convocado a este convite/publicación/homenaje y me alcanza el libro en la puerta del Liceo Francés de Barcelona, donde nos cruzamos casi todos los días, de lunes a viernes, porque allí concurren sus hijas y mi hijo. De un tiempo a esta parte, toda Conversación en El Liceo entre JGV y yo se inicia con estas palabras: “¿Cuánto te falta para terminar lo de Vargas Llosa que nos pidieron de Chile?”. Después, enseguida, cambiamos de tema.

en la jungla de la relectura y de lo que una relectura provoca en un relector: vuelvo a los senderos que alguna vez transité, casi cubiertos por la espesura de los anchos, machete en mano, las ramas extendiéndose como... como... como, sí, pseudópodos¹².

DÍA UNO. Supero dedicatoria y epígrafe de Balzac y empiezo: “Desde la puerta de *La Crónica* Santiago mira la avenida Tacna, sin amor¹³: edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris¹⁴”. Hago una pausa, tomo aliento porque aquí viene, la GRAN PREGUNTA ESLOGAN de la novela, la frase a citar una y otra vez, el lema a imprimir en postales de marca Hallmark’s: “¿En qué momento se había jodido el Perú?”¹⁵. La funcionalidad multi-uso de la frase la ha convertido, con los años, en un eslogan a citar y recitar una y otra vez. Incluso ha admitido numerosas variaciones (cambiar el nombre de Perú por el de cualquier otro país, persona, situación o electrodoméstico) por lo que, aquí mismo, lo ofrezco para que el lector haga con él lo que mejor le parezca y rellene la línea punteada según su voluntad o parecer:

“¿En qué momento se había jodido el?”

De nada.

Ha sido un placer.

Y me detengo porque llaman a mi puerta y —juro que esto es verdad— es un mensajero de la editorial Anagrama. Un mensajero que

¹² Y por si no quedó claro, insisto: casi todo lo que diré y escribiré aquí acerca de YSCL es algo que dice y escribe un escritor, ¿OK?

¹³ Primera divergencia estilística con Vargas Llosa: yo habría quitado la coma de antes del “...sin amor” para colocarla después de “*La Crónica*...”. También, seguro, última divergencia estilística: los grandes clásicos, los grandes escritores, enseguida nos abducen y nos convencen, sin ningún esfuerzo, de que sólo se puede escribir algo del modo en que ellos optaron por escribirlo. Y está bien —gracias a todos ellos— que así sea.

¹⁴ Conozco buena parte de América Latina pero nunca estuve en Perú ni en Lima. Así, mi Lima es, básica y sustanciosamente, la de Vargas Llosa (“color caca” y “color moco” en YSCL) y la de Bryce Echenique. Y tiene, de algún modo, más allá de todo realismo, la misma “consistencia” fantástica que el Mordor de *El señor de los anillos* o el planeta Marte de Philip K. Dick o el Tlön de Jorge Luis Borges.

¹⁵ “¿Cuánto te falta para terminar lo de Vargas Llosa que nos pidieron de Chile?” puede ser leído como una variación casi secreta de esta frase tan conocida y citada a la que el escritor mexicano Juan Villoro define —con gracia y justeza— como “el ábrete sésamo de América Latina”.

me trae un sobre y dentro del sobre (ahora es el 11 de enero de 2011) un ejemplar fresco y todavía caliente de la póstuma pero flamante *Los sinsabores del buen policía* de Roberto Bolaño¹⁶. Y tiene su gracia y provoca su temblor esta casualidad que, seguro, no lo es tanto: de pronto, el viejo clásico vivo conversando con el joven clásico muerto¹⁷.

DÍA DOS. Aclaración pertinente: este *journal* no va de día en día (es decir, al 11 de enero no le sigue obligatoriamente el 12 de enero) sino que su escritura irá saltando espasmódicamente hasta más o menos el 21 de abril, fecha tope y *deadline* para su entrega a esta publicación donde ahora la leen ustedes. Es, también, un diario selectivo y parcial: está claro que leer YSCL no es lo único que hago dentro o fuera de sus páginas. Tampoco es el único libro que leo (otros, incluso, invadirán como esporas esta relectura por escrito de Vargas Llosa).

Pero, sí, han pasado varios días desde que —enseguida, apenas líneas después de lo del “¿En qué momento se había jodido el Perú?”— leí El Nombre. Porque en el casi principio era El Nombre y El Nombre era Zavalita.

Ahora voy por la página 135, donde se habla de la película neorrealista mágica *Milagro en Milán* y —de la mano y con las piernas de Zavalita— me he ido enterando/recordando tantas cosas... Y comprendido cosas que entonces —cuando la leí por primera vez, en Caracas, en 1977 o 1978, durante lo que he dado en llamar mi Big Crack

¹⁶ ¡Sorpresa! En la página 31 de *Los sinsabores del buen policía* aparece el nombre de Mario Vargas Llosa. Y raro o no tanto: leídos en tándem, uno y otro autor —si bien muy diferentes— coinciden en una prosa urgente, engañosamente simple, funcional y que clava el anzuelo y ya no suelta al lector. Aunque está claro que Vargas Llosa descende de la pausada justeza de Flaubert mientras que Bolaño viene de la veloz dicción de informe a las autoridades pertinentes patentada por Stendhal, pienso.

¹⁷ Vargas Llosa —no olvidarlo— es el único de los tres escritores del *boomvirato*, los otros son García Márquez y Fuentes, que se ha referido con admiración y respeto a la obra de Bolaño e, incluso, aparece en un documental sobre el escritor chileno. García Márquez —hasta donde sé— no sabe y no contesta mientras que Fuentes no ha tenido ningún problema en afirmar que no ha leído a Bolaño. Por su parte, Bolaño admiraba a Vargas Llosa, escribió sobre él (ver: “Dos novelas de Vargas Llosa” en *Entre paréntesis*, Anagrama, 2004) y consideraba a *Conversación en La Catedral* su “obra maestra” y “una de las mejores escritas en español del siglo XX”.

como lector y escritor¹⁸— se me pasaron por alto en el fragor de la primera y aún inocente pero ya tan famélica lectura¹⁹.

A saber:

—El uso constante de los diminutivos en la prosa de Vargas Llosa.

—La pericia en el manejo del diálogo que lo relaciona directamente con Alberto Fuguet, evidentemente vargasllosiano y conversador y catedralicio en su *bildungsroman* de 1996: *Tinta roja* (autor de quien Vargas Llosa escribió elogiosamente sobre su *Missing* algún domingo antes de que yo comenzara con este diario de relectura).

—La mención nada inocente a *Contrapunto* de Aldous Huxley²⁰: otra novela social y polifónica y coral y de fluir modernista con destellos de libre flujo de conciencia en la que las teorías y las prácticas de los personajes se cruzan y se enredan y se esquivan y chocan. Si YSCL fuera una película sería una película de Robert Altman, pienso.

—Los para mí desconocidos nombres históricos de Bustamante (civil depuesto) y Odría (militar golpista) pero, enseguida, asociados a sus reflejos y automáticos equivalentes argentinos.

—La certeza de que YSCL fue para mí, alguna vez, una novela de aprendizaje e iniciación dentro del canon de Vargas Llosa (la publica a los 33 años de edad, proeza cripto-autobiográfica casi similar a la de Thomas Mann publicando *Los Buddenbrooks* a los... ¡¿24 años?!?), pero que, ahora y en perspectiva, fue una novela de terminación de

¹⁸ Más detalles sobre la especial circunstancia de esta primera lectura en las páginas y días que seguirán.

¹⁹ No sólo se lee o se relee diferente a lo largo de los años, con los libros —organismos vivos— cambiando no necesariamente del mismo modo en que cambiamos nosotros. No sólo un libro se transforma para bien o para mal a medida que crecemos en edad y nos reducimos en tiempo restante (Hesse empeora, Nabokov mejora, todos los clásicos se nos presentan como clásicos todavía); los libros también mutan si, cuando los estrenamos, éramos inéditos y volvemos a ellos como éditos. Es decir: cuando leí por primera vez a YSCL, cabía la posibilidad (porque absolutamente todo es posible cuando uno quiere ser y todavía no es escritor) de que alguna vez yo escribiese algo como YSCL. Ahora que lo releo —ya édito, con algo a lo que ya se puede llamar, para bien o para mal, *obra* tras o sobre mis espaldas— difícilmente sueñe o quiera o pueda escribir un libro como YSCL.

²⁰ Novela que leí por los mismos días en que leí por primera vez YSCL y que no he vuelto a leer aunque siempre me prometo un retorno a Huxley, uno de los escritores clave de mi primera juventud.

estudio y comienzo de maestría. La manera de agotar una zona de dramatismo realista de la que se huyó rumbo a la realidad disparatada y comediente de *Pantaleón y las visitadoras* (1973) y *La tía Julia y el escribidor* (1977).

Y, ah, otra vez: los misterios de la relectura como actividad y, casi, como subgénero literario. Se suele relacionar la relectura con la madurez, con el principio del crepúsculo; pero en realidad nunca releemos más —compulsiva y automáticamente, como zombis-robots— que durante la infancia y la adolescencia. La reescritura es, también, una actitud juvenil más allá de la edad cierta en la que se lleve a cabo. Rescribiendo una y otra vez, lo que en realidad se busca es la abolición del tiempo y la animación o deshielo del fósil de la palabra impresa. Ignoro si Vargas Llosa retocó YSCL para posteriores ediciones más allá de esas pocas palabras preliminares donde se consigna que el libro fue escrito (y “la rehíce varias veces”) bajo la influencia espectral pero tan tangible de Tolstoi y Balzac y Flaubert²¹ y en diferentes locaciones que van de París, retornan a Lima, continúan rumbo a “las nieves de Pullman (Washington)”, cruzan a Londres hasta concluirla en Puerto Rico. Tal vez de ahí —como reacción a su génesis nómada— YSCL es una novela firmemente enclavada, imposible de mover, luminoso agujero negro y centrífugo. Sus personajes están como petrificados en sus miserias. Y el bar/restaurante La Catedral es punto de fuga del que resulta imposible huir. Siempre se retorna ahí. Así, La Catedral como el Rick’s de *Casablanca* pero, de algún modo, pariente más cercano de El Farolito de *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry. Decido dejar aquí por hoy: cuando aparecen en una misma oración *Casablanca* y *Bajo el volcán* es señal más que inequívoca de que el día (útil) de trabajo (útil) ha terminado y que es mejor dedicarse a otras cosas²².

Veo un capítulo de “Mad Men”. Cuarta temporada. Años 60. Pero el comienzo de *Mad Men* —su primera temporada— tiene lugar más o menos por las mismas fechas en que Vargas Llosa nos invita a tomarnos algo a La Catedral. Veo a Don Draper iluminar eslogans y seducir secretarias y espero —no lo he visto ni leído aún— que Vargas Llosa

²¹ YSCL es, por supuesto, la más afrancesada de las novelas rusas o la más rusa de las novelas francesas. Lo que equivale a decir que YSCL es una Gran Novela Latinoamericana.

²² Vargas Llosa ha recordado que la inspiración física y real para La Catedral fue “un barcito de Miraflores, El Patio, en el que solían reunirse en las noches un grupo de cachascanistas y luchadores que vivían en un hotel vecino”.

no sea uno de esos varios “pensadores” que aseguran que, de estar vivo y trabajando hoy, William Shakespeare escribiría guiones para la HBO. Lo que me lleva a imaginar la existencia de un canal de pago dedicado en exclusiva a la adaptación de clásicos de la novela latinoamericana. *Boom TV*. Otra señal más que inequívoca de que el día (útil) de trabajo (útil) ha terminado y que es mejor dedicarse a otras cosas. Me apago, ¿ok?. K.O. OFF.

DÍA TRES. Hoy, jornada libre. Pero nunca es libre del todo la jornada de un escritor. Piloto automático. Inercia. Cuesta caminar sin un libro bajo el brazo o en la mano o en el bolsillo. Camino por el Raval de Barcelona, entro a la librería La Central, veo en un estante un ejemplar en inglés —edición norteamericana, traducción de Gregory Rabassa— de YSCL. Imposible resistirse a la tentación de abrirlo en la primera página, de leer en otro idioma esa frase/mantra: “At what precise moment had Peru fucked itself up?” Curioso, suena a serie negra, a Humphrey Bogart, a detective privado asqueado por el fruto de cosechas rojas y la eternidad de largos adioses. Rick’s otra vez. O —insisto— a eslogan implacable de Don “Mad Men” Draper.

Aprovecho la ocasión para comprar una mucho más cómoda y portátil y liviana edición de YSCL en la edición de bolsillo de Punto de Lectura. 6 euros. Buen negocio.

DÍA CUATRO. Me llega un ejemplar de la revista/libro *Turia* donde se incluye un exhaustivo “cartapacio” dedicado a la vida y obra y figura de Mario Vargas Llosa coincidiendo con su setenta y cinco cumpleaños. La tiranía bronceína de los números redondos y todo eso. Y, allí, todos juntos ahora. Críticos y escritores. De todas las edades. Abundan los “jóvenes” que ya no lo son pero... Me incluyo —me incluyen— en ese grupo con un texto que escribí por las fechas de la concesión del Nobel. Me permito, ahora, el gesto de la auto-cita no a ciegas. Me excuso con que sigo pensando lo mismo que hace unos meses y seguiré pensando lo mismo dentro de unos cuantos años, seguro.

Tres párrafos de todo aquello que me interesa y me parece pertinente incluir en este diario:

Hace unos cuantos años escribí que, para mí, Mario Vargas Llosa era como el Hannibal Lecter de la literatura en español: el hombre que todo lo intuye sin necesidad de salir o levan-

tarse de su celda/escritorio, el que mejor comprende las motivaciones tras los actos de aquellos que andan dando vueltas por ahí afuera, el que traza como nadie la línea que separa a la realidad de la ficción y a las personas de los personajes, el más experto arquitecto de la novela como santuario donde refugiarnos. Y, como es de público conocimiento, Lecter —para muchos ese buenísimo malo o malísimo bueno— *siempre* se escapa y se sale con la suya. Tiempo después le hice a Vargas Llosa —escritor que lee y lector que escribe— ese mismo comentario en vivo y en directo: ‘Usted es para mí el Hannibal Lecter de la literatura’. Vargas Llosa me miró sorprendido, sonrió un tanto inquieto (o quizás ya resignado a que se lo acusara de cualquier cosa) y me pareció que, con cierto alivio, escuchó enseguida mis razones para lo que en principio podía llegar a sonar como definición y apreciación *freak*. ‘Ah... Era un elogio’, me dijo riendo cuando le expliqué lo de Lecter. ‘Usted es el hombre que todo lo sabe’, insistí. Pero no estaba en lo cierto; porque si alguien no podía saber o siquiera sospechar que el pasado jueves 7 de octubre iba, por fin, a recibir el premio Nobel de Literatura, ese alguien era Mario Vargas Llosa.

Y:

Y —en los fulgores encandiladores del Nobel— vuelve también todo eso del “misterio” de la ruptura con su hermano de sangre y tinta Gabriel García Márquez, de la competencia que los une y los separa. Otro lugar más vulgar que común que me recuerda a aquella tan gastada dicotomía *beatle*. Así —ambos compartiendo la única cara de un *single boom*— Gabriel García Lennon (con mayor facilidad para el eslogan y aire más rebelde) habría escrito la lisérgica y voladora *Cien años de soledad* (equivalente de la realista y mágica “Strawberry Fields Forever”) mientras que el Mario Vargas McCartney de *Conversación en La Catedral* (su panorámica, terrena, e instantáneamente nostálgica “Penny Lane”) sería el conservador artesanal y doméstico. No sé... La historia ha probado que McCartney era igual de vanguardista o más que Lennon y que es muy fácil cantar “Imagina que no hay posesiones” siendo multimillonario. Y hay demasiada gente que sólo percibe la realidad como si se tratara de un *match* de boxeo o unas elecciones políticas. Yo prefiero seguir leyéndolos a ambos. Y —ahora que lo pienso, volvamos a Vargas Llosa, porque de

eso y de él se trata hoy— comencé a leerlo con la intensidad con que sólo se lee en la adolescencia. Esa misma intensidad que muchas veces hace que, con el correr de los años, dejemos de lado a quienes leímos entonces porque, sí, los leímos vampirizados por ellos y, al mismo tiempo, como si fuésemos ese vampiro que exprime a su víctima hasta la última gota, hasta que nos convencemos de ya no tiene nada para ofrecernos y volamos hacia otros cuellos en busca de nuevo y virgen alimento. Pero no he dejado de leer a Vargas Llosa —*get back y don't let me down*— seguro de que su mejor libro siempre puede ser el próximo.

Y:

Y de pronto y sin aviso, claro, la tormenta de opiniones, la carrera hacia los teclados para escribir la columna que celebra o condena, el sonido del teléfono pidiendo opiniones. Y, en el caso de Mario Vargas Llosa, todo eso de su cuestionable perfil siniestramente diestro, de la variable polaridad de su credo político, de la traición a sus sueños de juventud. Me preguntaron por todo eso, lo respondí en voz alta; pero creo pertinente pasarlo a letra. Allá vamos: ninguna idea personal —expresada civilizadamente y sin hacer daño a segundos y terceros— debe ser castigada, a no ser que esté al servicio o apología de un orden dictatorial o criminal. Puede ser criticada, de acuerdo; pero dentro de los respetuosos parámetros —de ida y vuelta— de la libertad de expresión. Cada uno se hace cargo de lo que dice porque es libre de decirlo y, hasta donde sé (más allá de mi delirante y difusa analogía con Hannibal Lecter), difícilmente se revele algún día que Vargas Llosa fue todo este tiempo un exquisito asesino en serie. Por otra parte —dentro de un paisaje donde es tan fácil alzar un puño izquierdo mientras se hunde la garra derecha en el bolsillo— siempre se me antojó admirable el que Vargas Llosa (con buena parte del camino recorrido) se arriesgara a semejante golpe de timón en público sabiendo que eso podía costarle mucho, pero prefiriendo ser sincero consigo mismo y con los demás. *Last but not least*, el liberal centrado Vargas Llosa —laicista, a favor de los derechos de los *gays*, de la legalización del aborto y de las drogas, crítico con todo autoritarismo— expresa lo suyo con mejor y más precisa prosa que la de la oratoria inflamada e inflamable de todos esos caudillos iluminados que galopan sus muy privadas fanta-

sías a campo traviesa y atropellan a lo largo y ancho de islas náufragas y tierras no tan firmes. Aquel al que le disguste ese lado de Vargas Llosa (y, lamento desilusionar a muchos, pero la literatura como oficio y actitud y hasta ejercicio físico es, ya en su ADN, un animal cómodo y acomodado) no tiene más que ejercitar un sencillo y democrático acto. Un acto de esos que varios de los detractores de Vargas Llosa no permiten realizar a todos aquellos sobre los que creen levitar: el de no leer sus crónicas y no-ficciones y concentrarse en sus ficciones que, constantes, se ocupan de la búsqueda y defensa de los derechos y de los humanos, de la libertad, y del vivir con honor y dignidad. Si tampoco quieren leer sus ficciones, todo o.k.: en cualquier caso, a Lecter le sobran lectores²³.

Pero, claro, en el contexto de la concesión del Nobel, el ruido gris de todas esas voces indignadas por la polaridad política del escritor, por la renuncia a los viejos ideales. Algunos, paranoico-conspirativos, lo acusaron de poco menos que de bestia ideológica al servicio de oscuros intereses internacionales. Otros —los más conciliadores o los menos beligerantes— se refirieron a un Vargas Llosa “de antes” y a un Vargas Llosa “de ahora”, como si hubiese sido clonado por *body-snatchers* o abducido por *aliens* de la ultra-derecha. Pocos hablaron de literatura²⁴. Y, meses después, nueva erupción del volcán en tierras para mí más cercanas aunque afortunadamente distantes²⁵. ¡Escándalo! ¡Indignación! ¡Blasfemia! ¡Provocación! ¡El progresista y liberal Vargas Llosa ha sido

²³ Texto completo incluido con el título de “Lecter” en revista *Turia*, número 97-98, marzo 2011.

²⁴ Rescato aquí, al pie de una entrada de un blog, un intercambio de *comments*. Alguien —un tal g., respeto aquí minúsculas y erratas adrede supuestamente graciosas —dice y pregunta: “confieso —ya se sabe que no es posible leerlo todo— que ignoro las cualidades de vergas llosa. además, en mi código de etiqueta literario hay una cláusula que dice, sentenciosa, ya no leas a ningún premio nobel. pero tengo pensado violar la norma solo para leer UN libro de vergas llosa. entonces, pregunto, cuál sería la gran novela de este señor?”. Y alguien —un tal Gustavo, otra vez, respeto el más que frecuente despiste de poner el *La* como *la*— dice y le responde sin vacilar: “g. *Conversación en la Catedral* sería el libro que andás buscando”. Volveré sobre esto más adelante.

²⁵ Para entonces, para colmo de males —y de bienes— Vargas Llosa ha vuelto a mutar para regocijo e indignación de sus perseguidores compulsivos: ahora no sólo es de derechas sino que... además... ¡¡jes el aristócrata y monárquico Marqués de Vargas Llosa por la real voluntad y disposición del Rey Juan Carlos!!!

invitado a pronunciar el discurso de apertura de la próxima Feria del Libro de Buenos Aires! Varios —demasiados— intelectuales locales piden que se le retire boleto de avión y reserva de hotel. Y no seguiré por estos rumbos²⁶ y —saco cuentas, consulto la agenda— y descubro que el *deadline* para la entrega de este diario varios días antes de que se produzca tan conflictiva y volátil situación en potencia; por lo que ni siquiera me veré obligado a registrar semejante asunto. Lo que no impide que me tranquilice —y hasta me divierta— el volver a comprobar que un escritor sigue resultando inquietante para toda persona autoritaria. Incluso, cuando esa persona autoritaria es, también, escritor.

DÍA CINCO. Ahora sí, ahora ya bien adentro, metido en YSCL y —como advertía en reciente nota al pie— la intriga porque, aquí y ahora, se considere a YSCL como automática puerta de entrada a la obra de Vargas Llosa. De acuerdo: YSCL es muy peruano y localista y *folk*, histórico, social, libro de voces, corte longitudinal de un mundo vertical, novela importante con vocación de importancia desde el vamos. Lo que suele denominarse como “un vasto fresco”. Pero, tantos años después de su publicación, por qué no invitar a los desconocidos, mejor, a iniciarse en la muy graciosa *La tía Julia y el escribidor* o esa suerte de épica *cinemascope à la* David Lean que es *La guerra del fin del mundo* o títulos más recientes como *La fiesta del Chivo* (2000). La respuesta clara al leve enigma está, creo, en que YSCL se leyó entonces y se sigue leyendo ahora —así es apreciado por aquellos que escriben o quieren escribir y que son tan jóvenes y a la vez tan *opinionated* gravitando o enredados en La Red— como un gran libro de alguien a quien, incluso después de *La casa verde*, todavía se entendía, cronológicamente, como escritor *in progress* pero que, a la altura de la última página de YSCL ya aparece total y completamente formado. El año en que el hombre como especie llega a la Luna, un espécimen peruano alcanza su sol. Así YSCL como prueba incontestable de fantasía realizada. La Obra Maestra Tem-

²⁶ Curiosos e interesados en la cuestión, ahí tienen la hemeroteca *online* de varios periódicos argentinos —*La Nación*, *Página/12*, *Perfil*, etc.— bajo riesgo de ser sepultados por tantas columnas y firmas opinando sobre tan trascendente cuestión. Ahí los dejo, los dejo solos. Por supuesto, la (ir)realidad de los demás suele intentar entrometerse con la realidad propia y desenchufo el teléfono ante el aluvión de llamadas larga distancia despertándome a eso de las 3 de la mañana para conocer mi opinión sobre “lo de Vargas”. Y, una noche, sueño con que atentan contra Vargas Llosa en Buenos Aires. Con una bomba. El sueño —la pesadilla— incluye varios chistes malos con la palabra “boom”.

prana pero Madura. Y pocas cosas más atractivas para un aprendiz de escritor que un libro que —además de sus claras bondades— ofrece exactamente eso, algo más difuso y mágica: la promesa cumplida y el don concedido, la posibilidad cierta del “si a él le tocó, tal vez me toque a mí”. Presto y Abracadabra. De este modo, la lectura que se hace en la juventud sobre YSCL es una aproximación curiosa, obsesiva, casi forense, en los días en que uno lee no sólo para saber *qué* hizo ese escritor sino, también, *cómo* lo hizo. Y así —me recuerdo, año 1977 o 1978, leyendo por primera vez YSCL— uno la leyó haciéndose todo el tiempo dos preguntas terribles. La primera de ellas es “siendo latinoamericano y joven... ¿estoy obligado a escribir algo así? La segunda de ellas es: “¿Podré hacerlo?”.

Casi treinta y cinco años después —todavía latinoamericano pero fuera de todo eso por opción y derecho, con ocho libros como muecas en la culata del revólver con el que suelo amenazar a mi Mac Power-Book G4— la relectura es mucho más plácida y menos tensa. No tengo por qué escribir nada *así*, probablemente nunca haya podido hacerlo, pero qué suerte que Vargas Llosa haya podido escribirlo para que yo pueda leerlo por segunda vez.

DÍA SEIS. En su indispensable *Truth & Lies in Literature*²⁷ (1985), el húngaro Stephen Vizinczey —acaso el mejor continuador vivo de la tradición e instrucciones de Stendhal y Balzac— asegura que un verdadero clásico no comienza a revelar sus secretos al lector calificado sino hasta una cuarta o quinta relectura. Me parece un tanto extremo. También es cierto que Vizinczey ha publicado muy pocos libros suyos y, por lo tanto, seguramente dedique más tiempo a la (re)lectura que a la escritura. O su trabajo —como alguna vez dijo— sea la (re)escritura mientras se (re)lee. Sin ánimo de contradecirlo, no creo que vuelva a leer otra vez YSCL. Con dos veces me parece más que suficiente. Y con esto no quiero decir que lo desprecie (o me niegue a un futuro encuentro) sino que lo aprecio como experiencia importante y útil. Mis dos lecturas —o mi lectura y mi relectura— tienen un valor añadido más allá de lo personal. Leí por primera vez YSCL cuando entraba en la dimensión desconocida de la adolescencia, en Caracas, soñando con ser escritor. Latinoamérica

²⁷ Libro —ya desde el título— con más de un punto y páginas en común con *La verdad de las mentiras* (1990) de Vargas Llosa. Y Vizinczey —como Vargas Llosa en YSCL— es un auténtico maestro a la hora de retratar la vida cotidiana de los corruptos. En este respecto, ver *An Innocent Millionaire* (1983).

funcionaba aún como imaginario utópico para europeos inquietos y el *boom* reinaba en una Barcelona y en una España súbitamente democráticas. Vuelvo a leerlo —casi en espejo enfrentado— en Barcelona, en una España deprimida²⁸ pero siempre histórica de premios literarios, más o menos establecido en lo mío (pero escribiendo, por obligación y cuestiones alimenticias, mucho más que Vizinczey, me temo) y con una Latinoamérica que ya a nadie entusiasma como dorado vellocino ideológico pero que, parecería, comienza a alzar una vigorosa cornamenta económica ante la vencida mirada de los pesados y crepusculares antílopes del Viejo Mundo.

Y, claro, es una relectura muy diferente. Imposible —por un lado— recapturar la voraz ferocidad con que se lee en la juventud en general y en la mía en particular. Y —aquí es donde toda la escena vira a sepia añejo o a blanco y negro *rewind* en el Pantone de mi biografía— mejor me explico rápidamente, sintetizo en pocas líneas aquello que he denominado mi “Big Crack”.

Y, otra vez, me cito:

El Big Crack es la Gran Grieta y el Enorme Surco donde planté tantas cosas y del que sigo cosechando tantas otras.

Por algún extraño motivo, apenas llegado a Caracas, mis padres (ateos practicantes y entusiastas blasfemos) me anotan en un colegio de curas. La explicación es clara —está cerca de las Residencias Country, se puede ir y volver caminando, varios de mis amigos de El Parque estudian allí— pero no me alcanza para explicarme y comprender esta súbita y relampagueante proliferación de misas, sacramentos y sus derivados. Soy expulsado de ese colegio por razones que no vienen al caso. Y, en algún momento, de regreso a mi casa, decido que no se lo voy a decir a mi padre todavía. Dejaré pasar dos o tres días.

Más de un año después, yo sigo sin decir nada y todas las mañanas finjo partir para el colegio junto a mis amigos (que sí lo saben todo) y el suelo parece temblar bajo mis pies y lo único que hago es ir a bibliotecas y edificios y centros comer-

²⁸ ¿En qué momento se había jodido España? Vaya uno a saber. Difícil precisarlo con el nivel de la actual clase política. Y escribo esto mientras Rajoy dice esas cosas que dice él y Zapatero —en gira oriental, el mismo día del aniversario del hundimiento del Titanic— define al país todo con la poco afortunada imagen de “trasatlántico poderoso” y afirma que los chinos aportarán millones mientras los chinos dicen que no, no, no, que nada de eso. Que hubo un error de interpretación en su Conversación en La Pagoda.

ciales y paso la mañana leyendo. Educándome²⁹. Yo —que ya quería ser escritor— ahora me voy convirtiendo en lector. En lector serio. De clásicos y modernos. De novelas largas y de relatos inmensos. Yo soy cada vez más fuerte con cada día que pasa y no puedo evitar el preguntarme cómo es que mi padre no se da cuenta. Yo me digo que todo eso que estoy viviendo en la realidad sería completamente inverosímil por escrito pero, aún así, sucede y es verdad y quién dijo que la realidad tiene que ser realista. Yo leo *Cien años de soledad* en las escaleras del Centro Comercial Mata de Coco y yo leo *El resplandor* de Stephen King en alguno de los pasillos a la Escher del, me dicen, hoy desaparecido Edificio Galipán. Voy agotando bibliografías enteras. Yo me digo que confesaré todo cuando acabe con Tolstoi pero, llegado ese momento, también me digo que por qué no empezar con Dostoievski. Yo me prometo que diré toda la verdad cuando llegue a la última página de *Diario de la guerra del cerdo*, pero ahí está *El sueño de los héroes* y por qué no esperar un poco más, una historia más.

Tiempo después, cuando todo ha sido revelado (mi padre llama a mi ex colegio porque necesita el número de mi documento de identidad para un trámite y es entonces cuando le informan que “su hijo no concurre a este establecimiento desde hace casi dos años”), leeré *The Catcher in the Rye* de J. D. Salinger y la breve fuga del también expulsado Holden Caulfield me parecerá una pequeñez, una fácil y simple carrera de cien metros llanos comparada con mi maratónica odisea³⁰.

Y otro —uno— de los libros que leo durante el Big Crack es, por supuesto, YSCL.

Nunca volví ni volveré a leer de ese modo³¹.

²⁹ Me muevo tanto o más por Caracas que Zavala por Lima y, sí, de existir, pienso que ahí está, en el limbo, la sombra abortada de mi versión de YSCL. Algo así como “Conversación en Mata de Coco”.

³⁰ Texto completo con el título de “Caracas”, incluido en *Con la sangre despierta*, varios autores, edición de Juan Manuel Villalobos (Sexto Piso, 2010).

³¹ Lo más parecido fue la lectura anterior, a los ocho años, de la versión completa de *Drácula* de Bram Stoker (mi primer libro adulto) y —durante largas guardias e imaginarias del todavía servicio militar obligatorio argentino a.k.a. la colimba, por eso de *CORre-LIMpia-BARre*— de *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza y *La montaña mágica* de Thomas Mann.

DÍA SIETE. Lo que no impide que —de regreso al presente— la segunda aproximación a YSCL me produzca efectos tan intensos como perturbadores. Viajo en AVE a Madrid a presentar el nuevo libro de Edmundo Paz Soldán (escritor de formación vargasllosiana en lo novelístico)³², leo en el tren unas cien páginas seguidas de YSCL y esa misma noche, durante una cena con Edmundo y otros amigos (que incluyen a nuestro común editor Claudio López Lamadrid), comienzo a imitar, en los fondos de un extraño restaurante indio cercano a Casa de América, a Mario Vargas Llosa. No sé si se trata de una buena imitación (percibo algunas risas corteses en mi mesa, se voltean de otras mesas a mirarme con cara de qué cuernos le pasa a éste) pero no puedo detenerme. Sigo imitando —ya nadie se ríe— a Vargas Llosa por varios minutos más de lo necesario. Socorro.

DÍA OCHO. Otro de los efectos residuales de la relectura de YSCL es la escritura de una reseña particularmente dura e impiadosa (reseñas poco comunes para mi firma) de la novela *cool* del muy *fashion* norteamericano Tao Lin: *Richard Yates*. No reproduciré la crítica aquí, pueden leerla en www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4232-2011-04-12.html; pero no demoro en comprender el por qué de mi furia casi asesina. Leyendo YSCL se percibe claramente el trabajo y la entrega y el compromiso y la pasión del por entonces treintañero Vargas Llosa. Leyendo *Richard Yates* del veinteañero Tao Lin no se percibe absolutamente nada. Ni siquiera se percibe esa Gran Pequeña Nada que, asegura Tao Lin, es algo así como su Gran Pequeño Tema. Y nada parece indicar que él o lo suyo vayan a cambiar. YSCL y *Richard Yates* son, ambos, *tractats* juveniles y “de jóvenes” (con más o menos determinantes presencias adultas), generacionales y de/generacionales, eufóricos en su desencanto. Pero uno es muy bueno y clásico el otro es moderno, instantáneamente anticuado, y muy pero muy pero muy malo.

DÍA NUEVE. Y ya fui, ya llegué, ya estoy volviendo. Últimos tragos en La Catedral y ascendiendo desde sus abismos seguro pero lento, para que la sangre no se me alborote de burbujas de regreso a la super-

³² Paz Soldán figura, también, entre las firmas de esta revista libro —Ignacio Echevarría, Juan Gabriel Vásquez, Alberto Fuguet, Paz Soldán...—. ¿Hay alguien allí/aquí que no esté escribiendo aquí/ahora sobre Vargas Llosa? La sensación de Vargas Llosa expandiéndose, invadiéndolo todo como un virus irresistible y contagioso pero vigorizante.

ficie, a lo superficial que nos parece siempre la no-ficción luego de una ficción tan profunda. Lima como universo y, otra vez, lo del principio: nunca estuve allí pero he viajado allí por segunda vez. A la Lima de Vargas Llosa se aplica el mismo síntoma que Vargas Llosa diagnostica a la Dublín de Joyce en *Dubliners*, un ensayo de *La verdad de las mentiras*³³: “La buena literatura impregna ciertas ciudades y las recubre con una pátina de mitología y de imágenes más resistente al paso de los años que su arquitectura y su historia”. Y, a continuación, Vargas Llosa recuerda cómo se sintió “traicionado” por la Dublín de carne y hueso, de cemento y madera, al conocerla y compararla con sus primeras visitas con Joyce como “anfitrión” desde las páginas de un libro. Estoy más que seguro que me sucederá lo mismo cuando, por fin, una mañana de sol radiante aterrice en Lima y empiece a buscar y no encontrar aquello que sólo puede hallarse en una gran novela como YSCL³⁴. Y, también, habiendo vuelto allí

³³ La referencia a este libro obliga a la mención de otro rasgo importante —acaso definitivo y definidor— en el perfil de Vargas Llosa. Su vocación evangélica, sus irrefrenables ganas de predicar, sin pausa, las Buenas Nuevas literarias. Y —como apunté para una página en el *site* del Instituto Cervantes— es que Vargas Llosa tiene perfectamente claro la dirección a seguir y —esto no es común en el gremio y en su propia generación— la señala a sus lectores. Porque —atención— abundan los grandes escritores, pero no es común la presencia de un gran escritor que, también, es un gran lector. Alguien que, con los pies firmemente plantados en la biblioteca propia (la obra), se hace tiempo y espacio para pasearse por los pasillos y estantes de la biblioteca de los otros (la vida, los libros que se ha leído y disfrutado y de los que tanto se ha aprendido). En este sentido, Vargas Llosa es un súper-lector y siempre pensé que sus libros de ensayos y lecturas eran el mejor lugar para entrar a su mundo. Entrar al mundo de Vargas Llosa a través de los mundos que exploró y sigue explorando Vargas Llosa cada vez que sale de su mundo teniendo cada vez más claro que las fronteras —de un buen tiempo a esta parte, no creo que haya premio más grande para un escritor— ya se confunden. Y que lo que él admirablemente escribe se funde con lo que él leyó con admiración. De este modo, leer a Vargas Llosa leyendo sobre *Los miserables* de Victor Hugo (*La tentación de lo imposible*, 2004), sobre la anatomía de la novela moderna (*La verdad de las mentiras*, 1990), sobre Juan Carlos Onetti (*El viaje a la ficción*, 2008), sobre Gabriel García Márquez (*Historia de un deicidio*, 1971) o sobre *Madame Bovary* de Gustave Flaubert (*La orgía perpetua*, 1975) es, también, leer a Vargas Llosa. Menos entusiasmo —hay que decirlo— me despierta la faceta actoral de Vargas Llosa. Que un escritor se ponga en la piel de Odiseo alias Ulises es, para mí, tan inexplicable como que un escritor se quiera poner en la piel de presidente de su país.

³⁴ Aunque, también, estoy seguro que por entre las grietas del mapa real asomará no sólo el asfalto y el empedrado de YSCL sino, también, el perfil y “el cielo árido” de una Lima como “la ciudad más extraña y más triste que jamás contemplarás” descrita por el Ishmael de Herman Melville en *Moby-Dick*.

y regresado de allí, la absoluta tranquilidad (que lejos de ser tranquilidad y absoluta en mi primera lectura) de *no tener que escribir algo así*. De que —argentino hasta la muerte— no tengo la obligación histórica ni la voluntad íntima de *tener que escribir algo así*. Ya lo hizo otro. Ya lo hizo mejor que casi todos los que lo hicieron. La Gran Novela Latinoamericana, para mí, descansa en paz no en el cementerio sino en el paraíso³⁵. Ese paraíso al que podemos ascender todas las veces que queramos para sucumbir a un torrente de lugares y a un aluvión de nombres y al diálogo elevado casi a la categoría de género y de estilo. Santiago “Zavalita” Zavala, Ambrosio Pardo, Fermín “Bola de Oro” Zavala, La Catedral, Manuel A. Odría, la Universidad de San Marcos, el grupo Cahuide, Chíncha, avenidas, Cayo “Mierda” Bermúdez, Solórzano, Hortensia, Amalia, La Teté, Miraflores, el diario *La Crónica*, Ana, Jacobo, El Chispas, Queta, la señora Zoila, Ivonne, burdeles, los motorizados Hipólito y Ludovico, calles... Todos, ya, fundiéndose para mí en un todo —pocas novelas tan compactas a la vez que líquidas como YSCL— al que me cuesta identificar partes o episodios. Todos prisioneros de una “lenta, inexorable inmersión en la mugre invisible”. Todo girando alrededor y mareando a un “héroe” incierto —Zavalita— que lo único que sabe es que no sabe quién es y que no es quién pudo haber sido pero que, sin saberlo, acaba siendo el personaje empujado por la realidad dentro de una gran novela. No es poco, es más que suficiente. Así, YSCL como el triunfo estructural narrativo a la hora de escenificar un fracaso sin orden ni sentido en el que

³⁵ Y supongo que, por una vez, el “dilema” de la Gran Novela Latinoamericana no es algo que le compete a los de por sí problemáticos (lentos de problemas) argentinos, a los escritores argentinos. Nuestra raíz pasa por el cuento y por la idea del cuento ramificándose en novelas cuentísticas, psicóticas, atomizadas, fractales en las que, siempre, parece estar desarmándose un modelo para armar que puede llamarse *Facundo*, *Adán Buenosayres*, *Rayuela*, *Sobre héroes y tumbas*, *El sueño de los héroes* (acaso la más formalmente perfecta novela argentina pero que, finalmente, no narra otra cosa que la vida de una novela que intenta recordar el cuento olvidado de una noche), *El beso de la mujer araña*, *Respiración artificial*... El desafío de la Gran Novela Latinoamericana, sin embargo, me parece que sigue vigente para colegas más o menos jóvenes de otros países del continente. Buena suerte a todos ellos. No lo tienen fácil. Yo los saludo desde el muelle con un ejemplar de *La vida breve* de Juan Carlos Onetti en mi mano, Gran Novela Uruguaya (a la que, por codicia territorial, me la acerco más con el rubro de Gran Novela Rioplatense) que, para mí, representa cabalmente lo que debe y puede llegar a ser hoy mismo una Gran Novela Latinoamericana. Compadezco sin comprender —pero respetando— a todo aquel que se proponga firmar y afirmar la versión siglo XXI de YSCL.

La Historia es la gran villana que golpea a las historias. La larga respuesta a la jodida pregunta sobre el jodido Perú en la primera página. Y la respuesta parece ser karmática y ominosa: desde siempre y para siempre, Zavalita.

Y ahí está, ahí viene, ahora me voy, ese paseo final, último capítulo, en el que alguien imagina un futuro que, de tan limitado y predecible, parece uno de esos pasados que sólo pueden acabar con un “...y después aquí, allá, y después, bueno, después ya se moriría ¿no niño?”.

Sí.

En eso estamos.

DÍA DIEZ. De eso se trata y de esto se trató y, cerrado el libro y concluyendo estas páginas, me pregunto cómo concluir las. Tal vez lo mejor sea desaparecer aquí —salgo de La Catedral, cierro la puerta y arrojo la llave; como si se tratara de aquella casa tomada de Cortázar— y darle la palabra a Vargas Llosa quien —en la ya mencionada entrevista de *The Paris Review*— cierra el bar con una parrafada muy personal que puede leerse, sin embargo, como plegaria universal a ese “antepasado mío, antiguo artífice” al que James Joyce le pedía amparo en la última línea de *A Portrait of the Artist as a Young Man*. ¿O era Hannibal Lecter en *The Silence of the Lambs* quien invocaba a sus mayores del ayer?

Dice allí, en la entrevista de *The Paris Review*, Vargas Llosa:

Sé que escribiré hasta el día en que me muera. Escribir es mi naturaleza. Vivo toda mi vida según mi trabajo. Si no escribiera, me volaría la tapa de los sesos, sin dudarlo un minuto. Quiero escribir muchos libros más, y mejores. Quiero tener aventuras más interesantes y maravillosas que las que he tenido.

Sea³⁶. □

³⁶ ¿Y al final qué es lo que queda de todo esto? Algo bueno y necesario. Los grandes libros —los libros grandes— nos dejan la bienvenida resaca de cierta inquietud. Una agudización de los sentidos, una inquietud placentera, un cosquilleo nervioso en la punta de los dedos. Los leemos, los cerramos y, enseguida, abrimos nuestras computadoras portátiles, buscamos el archivo donde late el proyecto de nuestro próximo libro, volvemos a todo eso con fuerza renovada y ánimo fortalecido. Los grandes libros del ayer, los libros que ya no tienen tiempo ni edad, nos prestan —como una capa contra el frío, como una espada contra los peligros que siempre nos acechan— algo de su poder y energía. Los libros grandes de verdad nos obsequian unas irrefrenables ganas de volver a escribir, de seguir escribiendo. Al menos —gracias, gracias, gracias— por un rato. Y, así, nos hacen felices. Aunque estemos jodidos.